



PARROQUIA EL BUEN PASTOR

Cura párroco

Cl. Erudito Orellana, 22

46008 Valencia

Tl. 96 385 16 43

parroco@parroquiabuenpastor.com

El Señor es mi pastor, nada me falta (Sal 22,1). Queridos feligreses, hoy celebramos a Jesucristo resucitado con el título de "**Buen Pastor**" que da nombre a nuestra parroquia. Permitidme que os felicite en este día grande para todos los que formamos parte de esta comunidad creyente situada en el barrio de "*Arrancapins*".

En el día grande de la parroquia, os doy las gracias a quienes rezáis por el fin de la pandemia, por los que han muerto, por los enfermos y por todos los que desde su profesión y los que desde su buena voluntad han dado y dan lo mejor de sí en este tiempo. Gracias por vuestras oraciones en favor de nuestra parroquia y por quienes la formamos. Gracias por haber seguido la santa misa a través de la televisión y, en vuestra comunión espiritual, haber hecho presente a nuestra comunidad parroquial.

También los sacerdotes hemos rezado por ellos y por vosotros en la celebración de la eucaristía, en la "*Liturgia de las Horas*" y en la oración personal. Vuestros rostros estaban y están presentes en nuestra memoria. Nosotros, como el Señor Jesús la noche de la última cena, os decimos: **¡Ardientemente estamos deseando celebrar el misterio pascual (la eucaristía) con vosotros!** (cf. *Lc 22,15*).

También doy las gracias a quienes habéis colaborado, a la llamada de ayuda que hice, con vuestras donaciones económicas. Gracias y mil veces gracias por vuestra generosidad y por vuestro ejemplo de caridad y de corazón solidario. **La parroquia sigue en situación precaria y os necesita a todos.**

Gradualmente y con todas las precauciones parece que vamos a recuperar una cierta normalidad. En estos casi dos meses, hemos caminado por cañadas oscuras (cf. *Sal 22,4*). Unas veces con más ánimo o otras con menos, porque somos humanos. Pero el Señor siempre ha estado caminando a nuestro lado: *nada temo, porque tú vas conmigo: tu vara y tu cayado me sosiegan* (*Sal 22,4*). Nuestra travesía a través de esta pandemia no ha sido fácil y todavía no se ha completado. Aún nos queda camino por recorrer, no sabemos cuánto ni las dificultades con las que nos encontraremos. Pero una cosa es cierta, seguiremos acompañados por el "**Buen Pastor**" y en el horizonte ya se vislumbran "*las verdes praderas*" y las "*fuentes tranquilas*" en las que, después de tan ardua travesía, nos podremos "*recostar*" y el que todo lo puede "*repara las fuerzas*" de los cansados y doloridos caminantes.

¡Ánimo, queridos feligreses, mucho ánimo!

Preparas una mesa ante mí (*Sal 22,5*), leemos en el salmo. Todavía no sabemos la fecha exacta, pero sabemos que el Señor ya tiene preparada para nosotros su mesa: de la Palabra y de la Eucaristía. Hace ya dos meses que no hemos podido encontrarnos personalmente en la Eucaristía experimentando la presencia de Jesucristo entre nosotros. Este hecho ha provocado que en nuestro

interior **aparezca la nostalgia, un sentimiento no siempre bien controlado** que se ha evidenciado en peticiones, que **pareciendo legítimas y necesarias, olvidaban nuestra condición de ungidos o no la valoraban adecuadamente**. En el bautismo, como nos recuerda el salmo: *“me unges la cabeza con perfume”* (22,5), somos ungidos por Dios. Esta unción, realizada con *“el Crisma de la salvación”*, **nos consagra**, haciéndonos formar parte del pueblo santo de Dios, asociándonos a *“Cristo, sacerdote, profeta y rey”* (Ritual Bautismo de niños, Unción con el Santo Crisma). Es lo que se llama el sacerdocio común de todos los fieles cristianos (cf. *Catecismo*, n. 1268). Por esta unción, los bautizados *“ofrecen sacrificios espirituales y anuncian el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz (cf. 1 P 2,4-10). Por ello todos los discípulos de Cristo, perseverando en la oración y alabando juntos a Dios (cf. Hch 2,42-47), ofrézcanse a sí mismos como hostia viva, santa y grata a Dios (cf. Rm 12,1) y den testimonio por doquiera de Cristo, y a quienes lo pidan, den también razón de la esperanza de la vida eterna que hay en ellos (cf. 1 P 3,15)”* (Lumen Gentium, n. 10).

En este tiempo de confinamiento se nos ha ofrecido la gran oportunidad, hasta que sea posible celebrar juntos la santa misa, de **manifestar, mediante una auténtica toma de conciencia, la participación de cada cristiano en el único y verdadero sacerdocio, el de Jesucristo**. De este modo, **el Señor resucitado nos “hace partícipes de su oficio sacerdotal con el fin de que ejerzamos el culto espiritual para gloria de Dios y salvación de los hombres. Por lo cual los laicos, en cuanto consagrados a Cristo y ungidos por el Espíritu Santo, son admirablemente llamados y dotados, para que en ellos se produzcan siempre los más deseables frutos del Espíritu. Pues todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el cotidiano trabajo, el descanso de alma y de cuerpo, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales, aceptables a Dios por Jesucristo”** (Lumen Gentium, n. 34).

Solo cuando se toma conciencia plena del significado y del alcance del sacerdocio común, nuestra *“copa rebosa”* y sabemos, entonces, con total certeza que *“tu bondad y tu misericordia me acompañan todos los días de mi vida”* (Sal 22,6).

Queridos feligreses, ya queda menos para volver a la casa de Dios, a nuestra parroquia, a la casa común de todos. Hasta ese momento, *“oremos en todo lugar, alzando unas manos limpias, sin ira ni divisiones”* (1Tim 2,8). Solo así, cuando el gozo de la celebración eucarística nos inunde al poder escuchar y recibir a Cristo, sentiremos también en nuestro interior el eco de las palabras finales del salmo: *“y habitaré en la casa del Señor por años sin término”* (Sal 22,6).

No quiero despedirme de vosotros sin recordaros que hoy celebramos también la fiesta del **Santísimo Cristo de “Arrancapins”** cuya imagen, que data del siglo XV, veneramos en la capilla de Santísimo. A él nos encomendamos en medio de nuestras dificultades, a él le decimos: *Señor, te agradezco el día que me diste. Gracias por lo que vivo cada día de bueno y de difícil. En todo, tú estás a mi lado. Gracias por el amor con el que cada día me llenas. A ti acudo en los tiempos de luz y en los de oscuridad. Junto a ti dejo también mis preocupaciones, porque se que cuidas de todos. Amén.*

Valencia, tres de mayo, IV domingo de Pascua, de dos mil veinte.

Juan Ramón Pinal Moya
Cura párroco